

remos sofocar nuestros remordimientos con la disipacion. Nuestro orgullo se satisface, nosotros no queremos hacernos violencia, y nuestras culpas se multiplican. ¡Ay de mí! luego experimentamos la pena: una secreta tristeza se apodera de nuestro corazon, esparce la amargura sobre todo lo que hacemos. ¿Queremos recobrar la paz? Reconozcamos nuestra culpa, y confesémosla á quienes el Señor va á establecer ministros de la reconciliacion.

PUNTO III.

Jesús los establece ministros del sacramento de la Penitencia.

1.º *Les da su mision...* «Les dijo de nuevo Jesús: La paz á vos-otros; como me envió el Padre, tambien yo os envío...» Este es el fundamento de la religion cristiana, y la cadena que ata todas sus partes, y las hace subir hasta Dios que es su origen y el fin. Dios ha enviado su Hijo Nuestro Señor Jesucristo para predicar é instruir, para padecer y morir, y finalmente para enviar los Apóstoles como ha sido enviado él mismo, esto es, para los mismos fines, con la misma autoridad, con la misma mision. La mision de Jesucristo y la de los Apóstoles hacen una mision misma que se ha perpetuado hasta nosotros, y se perpetuará hasta la fin de los siglos. Fuera de esta, no hay otra mision. Despues de la mision de Jesucristo, no hay que esperar otra extraordinaria. El que no tiene esta mision de Jesucristo por medio de los Apóstoles y de sus legítimos sucesores es un intruso sin autoridad divina, cuya operacion del todo humana nada puede contribuir para la salud, nada para el órden de la fe y de la gracia. ¡Oh y cuán afortunados somos de estar debajo de esta mision apostólica! Guardémonos de salir de ella, y aprovechémonos para nuestra salvacion de las ventajas que nos procura.

2.º *Les da el Espíritu Santo...* «Y dicho esto sopló sobre ellos, y «dijo: Recibid el Espíritu Santo...» El Espíritu Santo es el espíritu del Hijo como del Padre. La mision de Jesucristo no está sin la comunicacion del Espíritu Santo. El obispo, consagrando los sacerdotes, dice estas mismas palabras de Jesucristo... *Recibid el Espíritu Santo...* á las cuales añade las que aquí añadió el Salvador, como veremos. Esta comunicacion del Espíritu Santo que Jesucristo hace á sus Apóstoles no es ya la que les habia prometido varias veces. Esta es privada, parcial y toda interna; la otra será pública, universal y acompañada de prodigios externos. Esta es para su conduc-

ta particular hasta el día de la segunda. La otra será para instruccion del universo y para la autenticidad del ministerio hasta la fin del mundo. Jesús se sirvió del soplo de su boca para representar la comunicacion de su espíritu. La Iglesia hace la misma accion, y por el mismo fin en muchas de sus ceremonias, á las que debemos asistir con una grande fe, con un vivo reconocimiento y con el mas profundo respeto.

3.º *Les da la potestad de perdonar y de retener los pecados...* «Serán perdonados los pecados á quien los perdonáreis, y serán retenidos á quien los retengais...» Hé aquí las otras palabras que dice el obispo consagrando los sacerdotes, y por las cuales los sacerdotes son constituidos ministros del sacramento de la Penitencia y jueces de los pecados, con la potestad de perdonarlos ó de retenerlos. Ministerio sumamente honorífico para los sacerdotes, pero sumamente formidable, por las luces, por la prudencia, por la pureza de corazon y por las otras cualidades que exige. Ministerio de suma consolacion para los fieles, porque si él les impone la necesidad de la confesion, les da por otro lado la certidumbre del perdon; pues si el sacerdote retiene á las veces sus pecados, con diferir la absolucion, lo hace para perdonarlos despues, cuando hallará al penitente en mejor disposicion.

Peticion y coloquio.

Os doy las gracias, ó Dios mio, por haber concedido á los hombres una tan grande potestad. Haced que me aproveche de ella con humildad, y que jamás me olvide de que aquella absolucion que se me da siempre con tanta indulgencia, y debajo de una pena tan leve, ha costado á mi Salvador toda su sangre y su vida. Mostrad, ó Jesús, mostrad continuamente á vuestro Padre vuestras adorables cicatrices para pedirle la gracia en mi favor: cuanto á mí, yo no las perderé jamás de vista para comprender á qué precio debo ser coronado... Amen.

MEDITACION CCCLII.

DE LAS OTRAS PALABRAS DEL SALVADOR Á LOS APÓSTOLES EL DIA
DE SU RESURRECCION.

(Luc. xxiv, 44-48)

1.º Sobre los misterios de su pasion y de su resurreccion; 2.º sobre la predicacion del Evangelio; 3.º sobre los testigos de las verdades del Evangelio.

PUNTO I.

Sobre los misterios de su pasion y de su resurreccion.

1.º *Misterios anunciados por Jesucristo...* «Y les dijo: Estas son «las cosas que yo os decia cuando estaba todavía con vosotros...» No nos cansemos de repetir las pruebas de nuestra santa Religion para establecernos sólidamente en la fe. Jesucristo ha predicho á sus Apóstoles cosas del todo increíbles, sus tormentos, sus oprobios, su cruz, su muerte y principalmente su resurreccion. Todo esto lo ha predicho con todas sus circunstancias, del tiempo, de las personas, del modo, y particularmente su resurreccion al tercero dia. Ha predicho su pasion y su muerte, cuando no habia disposicion alguna para semejantes acontecimientos: en orden, pues, á su resurreccion, no podia haber dependencia alguna de humana disposicion. Finalmente, todo cuanto ha predicho, tanto ha sucedido. Hé aquí que estamos en el tercer dia despues de su muerte, y él mismo ya resucitado y lleno de vida refresca á sus Apóstoles la memoria de cuanto les ha dicho. Yo pregunto á todo ser racional: ¿podian acaso los Apóstoles engañarse aquí? ¿Podian acaso estar en error en todo esto? Nosotros no examinamos aquí si ellos hayan podido engañarnos. Establezcamos solamente que no han podido ser engañados. Sea verdadero ó sea falso todo lo que nos dicen, deben ellos seguramente saber la verdad. Si asegurándonoslo como verdadero nos engañasen, nos engañarian voluntariamente y por pura malicia; porque en cuanto á ellos no podrian ser aquí engañados. Ya desde este primer paso vacila la incredulidad, y no sabe qué cosa deba negarnos ó concedernos.

2.º *Misterios predichos de todas las Escrituras del Antiguo Testamento...* «Y les dijo: Estas son las cosas que yo os decia... Que era «necesario que se cumpliese todo aquello que de mí está escrito en

«la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos. Entonces les «abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras...» El Salvador no separa un punto su testimonio del de las Escrituras del Antiguo Testamento, porque de hecho es el mismo testimonio, siendo él mismo el que inspiró las Escrituras. Pero el testimonio que le dan las Escrituras tiene una particular ventaja para convencer los espiritus y hacerles sentir la operacion divina. La ventaja consiste en esto, que este testimonio se contiene en libros escritos largo tiempo antes de los sucesos, y por autores diferentes y distantes los unos de los otros por muchos siglos; y que estos libros están entre las manos de los judíos, y conservados con diligencia por estos enemigos declarados del nombre cristiano. Se os conceda, si lo quereis, que los Apóstoles hayan puesto en sus libros y en sus escritos lo que hayan querido; pero no han podido hacer alteracion alguna en la ley de Moisés, ni en los libros de los Profetas, ni en los Salmos de David. Ahora todos estos santos libros predicen en mil maneras, por medio de figuras sensibles, de relaciones circunstanciadas y de expresiones precisas, la pasion, la muerte y la resurreccion del Redentor... Roguemos á Jesucristo que nos abra el espíritu para hacernos entender estas divinas Escrituras; en ellas verémos, no solo los misterios que él ha cumplido, sino tambien la ceguedad con que son castigados los que los combaten en pena de su incredulidad.

3.º *Misterios regulados por la sabiduría de Dios...* «Y les dijo: Así «está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese y resucitase entre los muertos al dia tercero...» Comprendamos bien esta orden y esta concatenacion. Las cosas han acaecido así, porque así estaba escrito; y así estaba escrito, porque era necesario que así sucediese; y era necesario que así sucediese, porque Dios habia regulado así las cosas. Adoremos esta soberana sabiduría que lo regula todo, que hace servir á la ejecucion de sus designios la malicia de los malvados, la imperfeccion de los débiles, y la virtud de los buenos, sin perjudicar á la libertad ni de los unos ni de los otros. Procuremos ser del número de los buenos; suframos con Jesucristo, para resucitar con él. Dios sacará su gloria de la sumision de nuestro espíritu, de la fidelidad de nuestro corazon, y de la obediencia que le rendirémos en todas nuestras acciones. Si nos ponemos en la clase de los malos, si queremos disputar con Dios, y penetrar los abismos de sus eternos decretos; si nos extraviarnos en nuestros pensamientos, si abandonamos la simplicidad de la fe, si seguimos nuestras pasiones, si perseguimos la virtud, Dios sabrá tambien sacar de esto su glo-

ria; pero las delicias del cielo serán siempre la recompensa de los buenos, y los suplicios del infierno el castigo de los malos.

PUNTO II.

Sobre la predicacion del Evangelio.

1.º *Lo que exige el Evangelio...* «Y era necesario que se predicase «en su nombre la penitencia...» El Precursor empezó á predicar la penitencia; Jesús durante el curso de su mision la ha predicado, y Jesús resucitado ordena á sus Apóstoles predicarla. Sin esta penitencia nos viene á ser inútil el misterio de la redención, y de nada nos sirve el Evangelio. Se nos ha predicado esta penitencia, y se nos predica cada dia, y nosotros no la hemos hecho aun. Esta penitencia es el cambio de nuestra vida y de nuestro corazon, el cambio de nuestros pensamientos, de nuestras máximas, de nuestros deseos, de nuestros afectos y de nuestras acciones para despegarnos de las criaturas, y unirnos únicamente á Dios, para conformarnos en todo á las leyes del Evangelio, y renunciar absolutamente á las leyes del mundo y de nuestras pasiones... ¡Oh cuántas cosas me quedan aun que hacer para cumplir este primer objeto de la penitencia cristiana!... El segundo objeto de la penitencia es el castigar en nosotros los pecados cometidos; expiarlos con ayunos y con maceraciones, segun los preceptos de la Iglesia y el parecer de un sábio director: es el sufrir y llevar nuestra cruz, mortificarnos á nosotros mismos, y aceptar con espíritu de penitencia todas las penas de la vida presente, accidentes, miserias, desgracias, infortunios, injusticias de los hombres, enfermedades del cuerpo, y la misma muerte; pero todo esto se debe hacer en el nombre de Jesús, por su gracia, y en union con el precio infinito de sus méritos, de su pasion y de su muerte. Sin esto, todo lo que nosotros harémos y todo lo que sufrirémos no será de precio alguno delante de Dios.

2.º *Lo que el Evangelio promete...* «Y el perdon de los pecados...» ¡Ah! ¡quién podrá jamás comprender qué favor sea el perdon de los pecados! ¡Un Dios irritado viene á ser un Dios pacífico! Un Dios enemigo viene á ser un Dios reconciliado y amigo! Digamos aun mas: ¡Un Dios Padre, y un Padre tierno, que despues de haber nos adoptado en su Hijo nos destina los mismos bienes que á él ha dado, una vida y una gloria eterna! ¡Oh remision, oh perdon, que no se ha ofrecido á los Angeles rebeldes, y que no se ofrece ya mas á los hombres muertos en el pecado!... Este perdon se me ofrece á mí;

¿seré yo tan insensato que lo recuse?... Este se nos ofrece en el nombre de Jesucristo, ¿y quién otro que él podia satisfacer por ofensas hechas á una majestad infinita? Este se nos ofrece por medio de la penitencia, ¿y cómo se ha de volver á entrar jamás en la gracia de Dios continuando á ofenderlo? ¿Y cómo se ha de satisfacer á su justicia, sin unir nuestras débiles satisfacciones á las de su Hijo amado? No lo entienden así los impíos; quieren estos un Dios de bondad necia é insensata, á quien poder ofender impunemente, y que quiera, además de esto, recompensar sus delitos y sus blasfemias. ¡Oh cuántos pecadores espantados de la penitencia viven en un engaño semejante! «Era necesario que el Cristo padeciese, y que se predicase en «su nombre la penitencia y la remision de los pecados...» Esta es la regla inmutable; fuera de esta regla no hay perdon, ni se debe esperar otra cosa que una reprobacion eterna.

3.º *A quién se debe anunciar el Evangelio, y dónde se debe comenzar...* «Á todas las naciones, dando vosotros principio en Jerusalem...» Alaben todas las naciones al Señor, celebren su gloria todos los pueblos. La misericordia del Señor es infinita, y la verdad de sus promesas eterna. El Evangelio ha sido anunciado, se continúa todavía á anunciarlo á todas las naciones, y se continuará hasta que todos los pueblos estén instruidos, y hasta la fin del mundo. La religion cristiana no es la religion de una nacion ó de un pueblo, sino la religion de todos los pueblos y de todas las naciones, y justamente en este sentido se llama católica; esto es lo que la distingue esencialmente de toda otra secta, y de toda otra falsa religion de invencion de los hombres. Se ha comenzado á anunciarla en Jerusalem, para que así como en el órden de los tiempos tenia ella una época segura, bajo los primeros Césares, á la que se podia recurrir para confrontar los sucesos; así en el órden de los lugares hubiese una ciudad fija y célebre donde hubiesen acaecido los primeros hechos, y donde el judío y el gentil pudiesen recurrir para instruirse y asegurarse de la verdad que se les anunciaba: bien diferente en esto de las fábulas paganas, de que no se puede conocer ni el origen ni el principio. Jerusalem ha sido la cuna de la Iglesia. Allí, por decirlo así, nació esta casta esposa, allí se ha formado, ha crecido; hasta que vino á ser adulta ha colocado su primera silla en la capital del mundo, en medio del gentilismo, para que así como Jerusalem habia sido la cuna de esta Iglesia, fuese Roma despues su centro. De esta capital del imperio y de la supersticion han despedido los milagros y los hechos heroicos de los Mártires un esplendor que ha iluminado

el universo, y lo ha reducido á ser cristiano. Así lo habia regulado Dios, y así lo habia ordenado Jesucristo; así sucedió, así era necesario que sucediese. Nosotros lo vemos: ¿y podemos verlo sin un santo arrebatamiento y una religiosa admiracion?

PUNTO III.

Sobre los testimonios de la verdad del Evangelio.

1.º *Testigos y testimonios oculares...* «Y vosotros sois testigos de «estas cosas...» Aquí no se trata de los dogmas de la religion cristiana. Los mas incrédulos convienen en que no se puede dejar de creerlos, si el que nos los ha dado es verdaderamente el Hijo de Dios enviado para revelárnoslos. Convienen tambien en que ninguno puede eximirse de reconocer á Jesucristo por Hijo de Dios, si ha hecho los milagros referidos en el Evangelio, y si es verdad particularmente que haya resucitado tres dias despues de su muerte, como habia prometido. Ahora de todos estos hechos son testigos oculares los Apóstoles. Hemos visto en el principio de esta meditacion que sobre el hecho de la resurreccion especialmente no han podido engañarse los Apóstoles: resta solo decir que ellos nos han engañado; pero una cosa no es mas posible que la otra.

2.º *Testigos desinteresados...* No se obra jamás sin motivo y sin algun interés, sea de la naturaleza que se fuese. Ahora, ¿qué interés tenían los Apóstoles para hacernos una relacion de hechos fingidos únicamente para engañarnos? ¿Por qué, pues, se habrian ido por todos los lugares á publicar que Jesús habia resucitado, si hubiesen estado seguros que esto no era verdad? ¿Qué cosa esperaban ellos por parte de los hombres en este mundo? Nada. Pero de parte de Dios en el otro mundo se debian esperar terribles castigos, como los merece una tal especie de falsarios, impostores, impíos y sacrilegos. Si no se puede concebir que hayan podido sostener la mentira sin interés, ¿cómo se podrá concebir que la hayan sostenido á costa de sus bienes, de su reposo, de su honor y de su vida, á pesar de las prohibiciones, de las amenazas, de los suplicios y de la muerte misma?

3.º *Testigos innumerables...* Si se puede hallar un hombre tan interesado en asegurar en los suplicios y á vista de la muerte un hecho que él sabe ser falso, no es posible persuadirse que doce hombres convengan entre sí en sostener una semejante falsedad, y la

sostengan de hecho. Pero no son solamente doce los testigos que nos aseguran los milagros y la resurreccion de Jesucristo, y que han sellado su testimonio con la propia sangre: á los doce Apóstoles conviene añadir setenta y dos discípulos, y muchos otros á quienes apareció el Señor. San Pablo cuenta mas de quinientos de estos en una sola aparicion. Si á los milagros de Jesucristo y de su resurreccion añadimos los milagros de los Apóstoles y de la Pentecostes, ya no es posible contar los testigos. Preguntemos á Jerusalem; la ciudad entera, toda la Judea, dan testimonio, y este es el testimonio que ha consultado y que ha oido el universo, y este es el testimonio que no puede engañar á alguno, y el que ha convertido el universo.

Peticion y coloquio.

Ó divino Jesús, á Vos ofrezco mis humildes súplicas, para que me concedais el poder servir de testigo, si no como vuestros Apóstoles por medio de la predicacion, á lo menos por una conducta digna de Vos. Haced que pueda servir de testigo de vuestra santidad, por medio de una vida toda santa; de vuestra potencia, de vuestra bondad y de vuestra providencia, por medio de un temor respetuoso de vuestros juicios, y por medio de una tierna confianza en vuestros cuidados paternos; de vuestra caridad, de vuestra paciencia, de vuestra humildad, por medio de la imitacion de estas mismas virtudes; de la dulzura de vuestro yugo, por medio de mi alegría en llevarlo; y por medio de mis discursos, cuando la gloria de Dios y la edificacion del prójimo, el interés de la fe, de la piedad ó de la justicia exigirán que yo hable; por medio de mis acciones, esparciendo en todo lugar vuestro buen olor, y haciendo respetar vuestro Evangelio; finalmente, por medio de mis sufrimientos, no temiendo las burlas, ni los desprecios, ni los dichos del mundo, ni tampoco sus persecuciones... Animadme, ó divino Salvador, con vuestra gracia, y haced que os dé un testimonio tal que en el último dia podáis Vos reconocerme por vuestro discípulo. Amen.

MEDITACION CCCLIII.

JESÚS APARECE Á LOS APÓSTOLES OCHO DIAS DESPUES DE SU RESURRECCION, HALLÁNDOSE CON ELLOS SANTO TOMÁS.

(Joan. xx, 24-31).

1.º La incredulidad de santo Tomás condena la nuestra; 2.º la fe de santo Tomás debe animar la nuestra; 3.º por qué motivo aparece Jesús á los Apóstoles incrédulos, y no aparece á los incrédulos de nuestros días.

PUNTO I.

La incredulidad de santo Tomás condena la nuestra.

1.º *Incredulidad irracional...* «Pero Tomás, uno de los doce, por «sobrenombre Didimo, no se halló con ellos cuando vino Jesús. Y «le dijeron los otros discípulos: Hemos visto al Señor...» ¿Qué razón tenía Tomás para no creer? Ninguna; sino que su imaginación no podía acomodarse á esta idea, y él cedía á su imaginación, en vez de acomodarse y ceder á la razón. El testimonio de diez apóstoles, de dos discípulos, de tres mujeres, las circunstancias tan notables de cuatro apariciones, las palabras mismas de Jesús que se le referían, todo esto hacia su incredulidad inexcusable. ¿Y lo es por ventura menos la nuestra? ¿No tenemos nosotros el mismo testimonio, y aun también mayor, que el que tenía santo Tomás? ¿No tenemos nosotros las mismas razones con el testimonio del mundo entero? ¿Por qué, pues, sufrimos aun que se levanten en nuestra imaginación dudas, incertidumbres y desconfianzas que deshonoran nuestra fe, que nos tienen atrasados en el camino de la perfección, y nos hacen viles y tímidos en todo lo que hacemos por el servicio de Dios?

2.º *Incredulidad obstinada...* Hizo Tomás resistencia á cuanto se le pudo decir y representar: cansó la paciencia y el celo de los Apóstoles y de los discípulos, y persistió en su obstinación hasta el octavo día; hasta que el Señor se dignó de ir él mismo á sanarlo de su incredulidad. ¡Ah! si nosotros hemos tenido la desgracia de caer en la incredulidad, no persistamos en nuestro extravío. Huyamos las conversaciones, desechemos los libros que podrían entretenernos en él, y cedamos á las instancias de nuestros verdaderos amigos, y de las personas celosas que procuran volvernos á Dios. No esperemos sobre todo que llegue el momento decisivo de la eternidad, y que el

Señor venga á nosotros para juzgarnos; sería muy tarde el esperar á salir entonces del engaño.

3.º *Incredulidad presuntuosa...* «Pero él les dijo: Si no viere en «sus manos las señales de los clavos, y no metiere mis dedos en «el lugar de los clavos, y no metiere mi mano en su costado, no «creo...» ¡Qué incredulidad! ¡qué temeridad! ¡qué presunción! ¿Se atreve de este modo un hombre mortal á regular los caminos de Dios, y á prescribirle leyes? ¡Determina él mismo las condiciones de su fe, y no se contenta con las que el Señor le ofrece! ¡Declara altamente que no creerá sino con las condiciones que él ha puesto, y nada de todo creerá él, si el Señor no se rinde á lo que él quiere, y si no cumple las condiciones que él le pone! ¡Cuántos incrédulos ponen todavía al Señor las mismas leyes! ¿Comprenden ellos bien por ventura el horror de una tal conducta? Pero si el Señor para sanar á todos los incrédulos ha querido dignarse de condescender con las peticiones temerarias de este, y esta condescendencia no los contenta aun, ¿de qué delito no se cargan ellos, y cuál será su condenación?

PUNTO II.

La fe de santo Tomás debe avivar y animar la nuestra.

1.º *En ella hallamos nosotros nuestra seguridad...* «Y despues de «ocho dias estaban de nuevo los discípulos dentro de la casa, y Tomás «más con ellos. Vino Jesús estando cerradas las puertas, y se puso «en medio, y les dijo: La paz sea con vosotros...» Á esta vista, á esta voz, ¿cuál fue la sorpresa de Tomás? Y ¿cuál será la nuestra, cuando al salir de este mundo veremos á Jesús, si en él hemos tenido solamente una fe dudosa y una tímida confianza? «Despues dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo, y observa mis manos, y acerca tu mano, «y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel...» ¡Oh Tomás! ¿reconoces tú aquí á tu Maestro, su grandeza, su potencia, sus luces, su infinita bondad y su dulzura inefable? ¿Comprendes tú el mal que has hecho, la culpa que has cometido, el castigo que mereces? ¿Y cómo no mueres á sus piés de confusión, de dolor y de amor? Y nosotros que vemos este discípulo, el más incrédulo que hubo jamás, y que jamás podrá haber, nosotros que lo vemos aterrado, convencido y penetrado, ¿qué duda podemos tener aun?

2.º *En ella encontramos nosotros nuestra instrucción...* «Respondió

«Tomás y le dijo: Señor mio y Dios mio...» ¿Quién podrá concebir cuáles fueron los sentimientos de Tomás al pronunciar estas grandes palabras? Tomás no dice demasiado: su fe fue perfecta, fue viva, fue exacta. Vió la santa humanidad de su Maestro, y creyó su divinidad. Tomás creyó la divinidad de Jesucristo sobre lo que Jesucristo le habia dicho, porque veia todas las palabras de Jesús verificadas con el prodigio de su resurreccion. Tenemos, pues, la misma fe que Tomás, porque tenemos los mismos motivos que él para creer. El Señor, Jesús, muerto y resucitado por nosotros, no solo es nuestro Señor y Maestro, sino tambien nuestro Dios, Hijo de Dios, igual al Padre por su divinidad, y semejante á nosotros por su humanidad.

3.º *En ella encontramos nosotros nuestra consolacion...* «Le dijo «Jesús: Porque me has visto, ó Tomás, has creido; bienaventurados «los que no vieron y creyeron...» ¿Es posible, Señor, que Vos hayais pensado en nosotros en el día de vuestra gloria, y que disipando la incredulidad de vuestro Apóstol hayais pensado en nuestra consolacion, haciendo prevalecer nuestra fidelidad á la suya. No, Señor, yo no os he visto jamás, ni os pido tampoco sobre la tierra un favor tan grande como el de veros, pero lo espero en el cielo.

PUNTO III.

Por qué motivo aparece Jesús á los Apóstoles incrédulos, y no aparece á los incrédulos de nuestros días.

1.º *Razones tomadas de la sabiduria que adapta los socorros á las necesidades...* «Otros muchos milagros hizo tambien Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro...» ¿Por qué, pues, tantas apariciones á los Apóstoles, y tantos milagros en su presencia? Porque despues del escándalo de la cruz, de que habian sido testigos, tenian necesidad de este socorro. Habian ellos visto á Jesús atado, llevado por los oficiales de la justicia; lo habian visto entre las manos de los verdugos, enclavado en la cruz, y levantado en el aire entre dos malhechores; lo habian visto sin fuerza, sin defensa, caer debajo del peso de los tormentos, y muerto en el oprobio. Una tal vista habia hecho sobre ellos una impresion terrible, y no se requeria menos que la vista de Jesús resucitado para creer que lo era. Pero no es así de tí, ó incrédulo: tú has nacido de padres cristianos, y en medio del Cristianismo; á tí se ha hablado de la muerte de Jesús, recordándote al mismo tiempo la historia de su

gloriosa resurreccion, y enseñándote los motivos de la una y de la otra: esta instruccion así dispuesta, bien léjos de escandalizarte, te habia llenado desde tu juventud de la idea de las grandezas, de la bondad, de la potencia de Jesús. Tú no has recibido otros escándalos que los que tú mismo has buscado, y que has encontrado en los libros impios, y en las conversaciones libres que habrias debido evitar con horror; ¿y despues de esto te vienes á pedir ver milagros? No los prodigaliza de este modo la sabiduria de Dios. Retírate de las ocasiones de caer y de escandalizarte que has seguido, lee solamente libros buenos, trata solamente con personas honestas, vuelve otra vez á los sentimientos de tu primera instruccion, y verás como para creer no tienes necesidad de nuevos milagros ni de nuevas apariciones.

2.º *Razones tomadas de su providencia, que dirige los medios á su fin...* «Estos, pues, se han escrito para que creais que Jesús es «el Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo obtengais la vida en «su nombre...» Estaban destinados los Apóstoles para ser los predicadores del Evangelio y los primeros testigos de la resurreccion. Era necesario que hubiesen visto á Jesús resucitado. La misma incredulidad, bien que culpable, se vuelve en ventaja nuestra. La Providencia nos ha dado tales testigos, cuales nosotros podíamos desecharlos, y no los podemos desechar. Para nosotros han dudado ellos, para nosotros han visto, para nosotros han creido, para nosotros han hablado, para nosotros han escrito, para nosotros han muerto. Ahora nosotros estamos destinados á creer sobre un semejante testimonio, y si no creemos somos inexcusables... Pero tú dices, ó incrédulo, tú querrias ver como los Apóstoles, y preguntas que no ves tú como ellos. Te respondo: porque tú no estás destinado para las mismas funciones que ellos; y que no exige el apostolado mismo en aquellos que ahora predicán el que hayan visto, sino solo que crean á los que han visto. Estás, pues, destinado por la Providencia á creer sin haber visto, para que creyendo así tengas la vida eterna. ¿No te parece acaso esta suerte bastante digna de tí? ¿No eres tú muy dichoso por estar destinado á un fin tan noble y tan provechoso para tí? ¿Pretendes, tú, que para hacer cesar tus inquietudes y tus quejas te trate Dios como ha tratado á sus Apóstoles? ¡Pretension quimérica, y digna de mil castigos! Si su incredulidad ha servido á la edificacion de la Iglesia, la tuya no sirve sino de escandalizar; á no ser que imitando su fe te apliques como ellos á reparar el escándalo que has ocasionado; sin esto, tu incredulidad no entrará en el

orden de la Providencia sino para el castigo eterno que se le seguirá.

3.º *Razones tomadas de su bondad, que tiene cuenta de las buenas disposiciones del corazón, aunque imperfectas...* Amaban los Apóstoles con todo su corazón á Jesucristo, estaban adictos á su doctrina, practicaban su ley, y vivían en la inocencia. Deseaban que fuese verdad que él hubiese resucitado; si persistieron por tanto tiempo en no creerlo, el motivo fue porque no podían persuadirse una cosa que ellos miraban como su mayor felicidad. Tuvo miramiento el Señor á estas buenas disposiciones de sus corazones. Él es tan bueno, que no puede dejarlos largo tiempo en pena; y aunque por muchos títulos no lo mereciesen, va él mismo á confortarlos y á poner el colmo á su júbilo... Pero tú ¿estás en semejantes disposiciones? Si lo estuvieras, creerías y no pedirías ver. Pero tú estás (confiésalo), tú estás en disposiciones del todo contrarias; tú aborreces á Jesucristo y su doctrina; la pureza de su ley te ofende, y acaso vives en el desorden y en la infamia. Temes que sea verdad que él haya resucitado, procuras confirmarte siempre mas en tu incredulidad; y la sola cosa que te da fastidio es el no poder vencer todos tus temores, el no poder desarraigar de tu corazón los últimos residuos de la fe que se sembró en él. Y despues de esto ¿te atreves á pedir ver á Jesús resucitado? No, no; una tal pretension es irrisoria, es un engaño que te haces á tí, y que procuras hacer á los otros; pero un engaño que no te puede tranquilizar, que no puede pacificar tus remordimientos, y librarte de los suplicios eternos. ¡Ah! vuelve antes bien á la fe de tus padres, y que ha sido ya la tuya; y será contigo la paz que Jesucristo dió á sus Apóstoles: ella llenará tu alma de una consolacion que mucho tiempo há no has podido gustar.

Peticion y coloquio.

Señor mio y Dios mio, concededme por la intercesion de vuestro apóstol santo Tomás, que ha merecido sellar su fe con su propia sangre, la gracia de creer como él, de sostener mi fe con mis obras, y, si es necesario, de sufrir y morir por ella. Amen.

MEDITACION CCCLIV.

JESÚS SE MUESTRA Á SUS DISCÍPULOS SOBRE UNA MONTAÑA DE LA GALILEA.

(Math. xxviii, 16-20; Marc. xvi, 45-20).

1.º La omnipotencia de Jesús regula el objeto de la mision de los Apóstoles;
2.º la omnipotencia de Jesús promete sostener la mision de los Apóstoles;
3.º la omnipotencia de Jesús ha cumplido las promesas hechas en favor de la mision de los Apóstoles.

PUNTO I.

La omnipotencia de Jesús regula el objeto de la mision de los Apóstoles.

1.º *En orden á la fe...* «Pero los once discípulos se fueron á la «Galilea...» Luego que hubieron acabado los once discípulos de celebrar la Pascua en Jerusalem, se volvieron á la Galilea para volver á emprender sus ordinarias ocupaciones. No sabemos cuándo ni cómo les dió Jesús orden de hallarse en cierto dia y en cierta hora sobre una montaña de Galilea que él mismo les señaló; lo que sabemos es, que ellos, y acaso otros muchos discípulos... «fueron al «monte señalado de Jesús. Y viéndolo, lo adoraron; pero algunos «quedaron dudosos...» Era esta duda de imaginacion, no del todo libre, y que bien presto debía disiparse... Adoremos al Salvador juntamente con los Apóstoles, creamos sin dudar, y escuchemos con respeto las palabras que está para decirles... «Y Jesús acercándose «les habló diciendo: Se me ha dado toda la potestad en el cielo y «en la tierra...» Jesús ha entrado en la posesion de esta omnipotencia que su Padre le ha dado por medio de su resurreccion. La tiene en el cielo para subir á él y sentarse á la diestra de Dios su Padre, para enviar desde el cielo el Espíritu Santo á la tierra, para llevar al cielo sus miembros, y hacerles reinar con él. La tiene sobre la tierra para fundar en ella su Iglesia, protegerla, extenderla y perpetuarla; para sujetar á sí las naciones, convertir los pecadores, y santificar las almas; para venir á ella á la fin del mundo á juzgar los vivos y los muertos, y dar á cada uno segun sus obras. ¡Oh potencia adorable, oh potencia amable! Consolémonos que esté puesta en las manos de Jesús, que ha muerto por nosotros, y que no desea otra cosa que emplearla en nuestro bien... «Andad, pues (conti-